

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 9 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Escudillers Blancs, 9 bis, bajos.

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES
Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

Crónica diaria Lo de mataderos.

Los veterinarios mandan.

Señor alcalde: tememos que en ese asunto de la matanza de carnes en domingo y días festivos va a ser una de aquellas cuestiones municipales que va a tener que intervenir el gobernador civil de la provincia porque la autoridad municipal está divorciada de la salud pública y de los intereses municipales.

Anteayer dimos el toque de atención para que supiese el alcalde y la Comisión de Mataderos que contra lo opinión de los veterinarios los abastecedores y carniceros no querían matar por la mañana en los días festivos, porque las carnes muertas se averiaban antes de llegar a la venta. Abundando en estos términos y exponiendo las mismas razones, una Comisión de vendedores de carne repitió su visita al alcalde y éste les mandó al señor Rosés, el cual no ha resuelto nada en favor de la salud pública, puesto que ayer por la mañana volvió a sacrificarse reses de todas clases en el matadero, imponiendo su criterio el veterinario señor Neira, quien se alaba y grita de que tiene la Comisión de Mataderos en el bolsillo y hará lo que se le antoje.

Nosotros hemos hecho una det. llada información por todos los mercados de Barcelona, porque nos importa defender la salud pública, y además de los individuos que formaron las Comisiones que visitaron al alcalde, a la Comisión de Mataderos protestara de aquella orden todos los vendedores de carnes de buey y ternera de Barcelona, quienes alegan que se les obliga a vender carne averiada al público. Esto es probado, señor alcalde: en esto no puede haber sospecha de que hay escondida pasión política de ninguna clase ni enemistad contra persona determinada.

No hemos hablado jamás con el señor Neira, ni sabíamos de él otra cosa que era un veterinario; pero ahora nos consta que es un señor que se ha metido el mundo por montera y que engaña miserablemente a la Comisión de Mataderos, despreciando la salud pública y los intereses del Municipio.

Gaceta.

La Asociación de Agricultura de España convoca a un nuevo concurso a las Asociaciones agrícolas españolas. Es condición precisa para tomar parte que las Asociaciones estén adheridas a la Asociación general de Agricultura. Deben presentar, además, los documentos relativos a obras sociales, balances, beneficios colectivos alcanzados, estudios y memorias. Los premios consisten en medallas de oro y plata y otros en metélico de 1,000, 500 y 200 pesetas respectivamente.

vez el vals de los besos de la opereta *El conde de Luxemburgo*, acompañada del notable tenor cómico Luis Zanón.

Definitivamente la *Fornarina* se despide del público de Barcelona el domingo próximo.

Las personas atentas.

Fuerza es convenir en que no faltan ciertas personas que se precian de atentas y a lo mejor resultan las más descorteses y majaderías.

Ahí tenemos a don Agapito, que no me dejará mentir.

Cuando más atareado va usted por la calle le detiene el buen señor, sombrero en mano, y le dice haciéndole un ceremonioso saludo:

—¡Cuánto gusto en verle! Y su muy honorable esposa, ¿goza de buena salud?

—Sí, señor, gracias—responde usted pretendiendo deshacerse de semejante posma.

Peró él, sin soltarle, continúa melosamente:

—Y los graciosos pequeñuelos, ¿están bien?

—Todos bien; muchas gracias—añade usted retirándole la mano para despedirse.

—Peró, ¿qué chicos tan monos tiene usted? Sobre todo aquel del pelito crespo, ¿no?

—Por fin, don Agapito—respinga a corta distancia y montado en cólera un sujeto que se ha quedado en espera del impertinente—, ¿piensa usted dejarme aquí todo el día?..

Otros hay que, no conformes con molerno en la calle, se nos "cuelan" en casa y no abruman con sus despanpanantes cumplidos. Uno de esos es don Fidel.

Ayer, cuando me entregaba a la dulce y delicada tarea de rebajarme los callos, me avisaron que él estaba en la sala esperando.

Todas las mañanas tiene la atención de llegarse a casa a eso de las ocho a preguntarnos cómo se ha pasado la noche.

Y precisamente viene a la hora en que hay que preparar a los chicos para el colegio recibir la compra a la maritornes, baldear, trapear... y a lo mejor hay que suplicarle delante un poco los pies para que no se lo moje el mozo de manos, o que no hable en voz alta por temor de que despierte el menor de los chicos, que no ha pegado ojo en la noche con motivo de los accesos de tos ferina. Otras veces se hace necesario instalarle (a don Fidel) en el pasillo porque en la sala está tan despolvando los muebles, y a pesar de lo cual permanece inmovible, como quien oye llover, o mejor dicho, como quien no

lo oye.

Peró cuando más insoportable se hace es cuando alguno de la familia se halla en el lecho del dolor.

¡Ahí! Entonces se queda en casa y no hay poder humano que le haga salir de la alcoba del paciente.

¡Y Dios nos libre de sus atenciones! A cada momento pregunta solícitamente:

—¿Le doy el atolito? ¿Le cambio la cataplasma? ¿Le acerco el...?

En estas llega el médico y receta una purga.

—Eso sí que no va a ser posible!—objeta el paciente.

—¿Y por qué no?—interroga el galeno, contrariado.

—Como está aquí don Fidel...

—Pues la tomaré yo—contesta el aludido, llevando su atención hasta el colmo y sin darse cuenta de la indirecta.

Peró quien les da quince y raya es Matute, mi compadre.

Estaba yo de viaje y sólo faltaban algunos minutos para que el tren partiera, cuando vino a la estación a decirme:

—Compadre, quiero hablarle de un asunto interesante.

—Es que no hay tiempo—observé, indicando el reloj.

—Peró es muy urgente lo que tengo que comunicarle.

Entonces, apeándonos del coche, me acerqué a oír lo que deseaba.

—Acabo de leer—añadió—el suelto que publicó usted en *La Revista*. Ignoraba que se le hubiese extraviado el perro.

—Buena, ¿y qué...? ¿Lo ha encontrado usted?

—No, señor; peró vengo a decirle que si lo encuentro se lo llevo a casa inmediatamente...

Entretanto, el tren había partido, dejándome enfurecido y haciéndome exclamar:

—Peró, ¿por qué habrá personas tan atentas?..

La mujer en China.

Como en todos los países donde existe la poligamia, ya autorizada legalmente, ya tolerada, en China no ocupa la mujer el lugar prominente que le reservan las sociedades europeas. En el Celeste Imperio existe una absoluta separación de los dos sexos y la mujer no interviene en el culto, no es el adorno social, no tiene en realidad derechos; es más bien un objeto que la compañera del hombre; un *bibelo*, que no sé.

La niña pasa la vida ignorada o ignorante; la joven se consume en su aburrimiento y en la soledad. El hastío explica el suicidio, tan frecuente entre las mujeres chinas.

Las ceremonias del matrimonio incluyen la visita al padre y al hermano de la futura novia de un intermediario o emisario que se conoce con el nombre de *mei jin*, que es enviado por el padre y el hermano del futuro novio con objeto de averiguar el nombre de aquélla para someterlo al examen previo del horóscopo.

Si la predicción de éste resulta favorable a la joven, el *mei jin* vuelve a la casa de la muchacha y formula las proposiciones de matrimonio, y si éstas son aceptadas entonces las ratifican por escrito el padre y el hermano del novio, quienes, en demostración de agradecimiento, envían algunos presentes al padre y al hermano de la novia.

Convenido ya el matrimonio, se escoge un día afortunado para la celebración de la boda, y cuando este día llega, el novio comisiona a uno de sus amigos para que le traiga su prometida a la casa.

En los matrimonios de alto copete la novia debe llegar al que en lo adelante va a ser su hogar a una hora precisa: a la hora en que el horóscopo determine como la más venturosa de aquel día.

Hay siete causas legales para el divorcio y éstas son: locuacidad en sentido de garrulidad, impudicia, hurto, esterilidad, desobe-

diancia a los padres del marido, celos y enfermedad inveterada.

A estas causas ha sido añadida recientemente una más: infidelidad.

El marido es quien únicamente puede pedir el divorcio; la mujer no tiene este derecho.

La mujer china de las clases pobres no recibe educación ninguna; la de las clases acomodadas es la que alguna vez suele recibir educación literaria, aunque muy deficiente, y siempre en privado.

La mujer de campo, en muchas partes de China, es frecuentemente alquilada por su marido, ya para que sirva de esclava, ya para concubina.

Esta situación de marcada inferioridad de la mujer respecto del hombre es lo que motiva tantos infanticidios de niñas; las madres, conociendo por experiencia el triste porvenir de la mujer china, matan a sus hijas para privarlas de los sufrimientos que les aguardan en la vida.

La idea prominente en la teoría del traje chino es borrar o disminuir las distinciones visibles del sexo, y sólo por el peinado y por el pie se advierten a simple vista cuál es un hombre y cuál una mujer.

El blanco es el color de luto.

La mujer china se tortura el pie para darle la forma arqueada que allá priva y en la cabeza no lleva otros adornos que los peculiares de ellas. Para resguardarse del sol se valen de unos sombreros de bambú o de unas sombrillas orientales.

Además de la esposa propiamente dicha, cada hombre puede tener varias esposas secundarias. El emperador puede tener: una esposa superior, cuatro de primer grado, 27 de segundo y 81 de tercero. Todo un harem

El papel secante.

No lo inventó nadie, se descubrió por un descuido, que en este caso no podría calificarse de fatal ni mucho menos.

Su descubrimiento data de los comienzos del siglo pasado. En cierta fábrica de papel de Berkshire (Inglaterra) se le olvidó a un operario echar cola a la pasta, y cuando estuvo fabricado el papel se vio que no servía para escribir por la falta de tan necesario ingrediente. Los dueños de la fábrica despi-

dieron al obrero descuidado; pero algunos días después, al romper el papel por considerarlo inútil, otro operario descubrió casualmente sus extraordinarias propiedades de absorción e inmediatamente fue llamado y recompensado el operario despedido.

Antes de descubrirse el papel secante se secaba la tinta con arenilla y en algunos pueblos con harina.

habría encontrado el medio de salvarle sin que el nombre de la condesa Vittoria se pronunciase. Se habría usted evitado una atroz acusación y una humillante condena.

— Tiene razón; pero el temor de perder á la inocente señora me selló los labios y habría sufrido hasta lo último mi condena sin revelar la verdad.

El magistrado comprendió que en el sacrificio del joven había algo más fuerte que la amistad y el deber.

Pero no dejó traslucir sus sentimientos.

Mauricio se enteró del suicidio de Dario y no mostró ni sorpresa ni emoción.

Habría querido estar ya libre para ir á ver á Vittoria para dirigirla una palabra de consuelo, de esperanza.

Recordaba las nobles palabras con que ella le había comunicado la prisión de Filippo y sentía crecer su respeto, su admiración.

Casándose con Lilla, consagrando á la linda muchacha su existencia, el daba á la condesa la prueba más grande de su amor.

Sabía la amistad sincera que unía á Vittoria y á su prometida, y estaba seguro de que á la condesa le sería grata la felicidad que le procuraría á Lilla.

El señor Morenó se enteró del fin trágico de Dario y se impresionó.

— Era más fuerte de lo que yo creía — pensó.

Y la primera ocasión en que se encontró ante el juez le dijo:

— Aquel falso conde ha sido más listo que yo; no ha aguardado á que le prendieran.

— ¿De quién habla? — preguntó severamente el magistrado.

— De aquel tal Giulio Pantaso, cuya historia le conté á usted.

— Lo que usted me ha repetido es una ingeniosa invención de Alda que tenía por objeto arrancarle á usted la verdad.

Filippo levantó con ímpetu la cabeza; sus mejillas se encendieron, sus manos se crisparon.

— ¡Ah! ¿Usted quiere hacerme creer ahora que aquella mujerzuela ha mentado, que ella es inocente como su amante, pero no sabe que el conde ha confesado?

— Esto lo dice ahora porque el infeliz ha muerto.

— ¿Por qué se habría matado entonces? — preguntó con mal contenida ira.

— Esto es cosa que á usted no le importa; pero, lo repito, su denuncia era falsa.

Un temblor convulso sacudió á Filippo.

— ¡Ah! Pues yo, ante todos, gritaré que es verdad.

— Le convendría más pensar en su situación — le interrumpió el magistrado —, ¿Cree que alguien daría crédito á sus palabras después de haber declarado en falso y hecho condenar á un inocente? Créame á mi: le traerá más cuenta no dar gusto á la lengua.

Filippo permaneció unos instantes como aplomado; pero después se puso y comenzó á injuriar al magistrado.

No se dominaba ya; las más atroces blasfemias salían de sus labios; se debatía como si tuviese convulsiones.

Se le amenazó con ponerle la camisa de fuerza; pero esto no logró calmarle.

Aquel estado de exasperación no duró mucho. Con el alma torturada, rendido, cayó en una especie de postración, de la cual no salía más que á raros intervalos para recaer más abatido que antes.

Mauricio, por último, libre de su condena, fué puesto en libertad, mientras Filippo comparecía ante el tribunal, acusado de haber asesinado á su esposa, de haber hecho condenar á un inocente y de tener un pasado borrascoso.

El dramático proceso tuvo en suspenso por algunos días la curiosidad pública.

La sala donde se veía la causa no bastaba para contener á la multitud, ávida, ansiosa, que se abandonaba á mil comentarios.

Se quería hacer una demostración hostil al procesado; pero cuando se le vió comparecer encorvado, lívido, vacilante, nadie tuvo valor para decir nada.

Filippo confesó su asesinato, pero trató de disculparse diciendo que había matado á *Pinota* en un arrebato de celos, porque la creía la amante de Mauricio, á quien él aquella noche vió entrar en su casa. Pero que después supo que el joven no iba por su esposa, sino que con la complicidad de ésta entraba en casa de la condesa Vittoria de Monterani por la galería.

Esta inesperada revelación despertó un murmullo en el auditorio.

Un voz gritó:

—¡Es mentira!

Filippo recobró por un instante su antigua energía.

—¡Es la verdad, lo juro!—gritó—. Y ahora que la bella condesa se ha desembarazado de su marido, podrá vivir en paz con su amante.

El murmullo aumentó tanto que el presidente amenazó con ordenar que se despejase la sala.

Restablecido el silencio, se creyó que Filippo continuaría hablando contra la condesa.

Pero el bribón no agregó nada más, antes al contrario, á una observación severa del presidente respondió casi llorando que no sabía que hubiese dicho nada malo; se contradijo, se excusó y después permaneció inmóvil, con los labios cerrados, convulsos.

El golpe, sin embargo, estaba dado; su desgracia no podía ser mayor; también su porvenir estaba destruído.

Filippo la había comprometido para siempre.

El día siguiente los periódicos repitieron las palabras pronunciadas por aquél, y aunque agregaron que la joven condesa estaba por encima de las calumnias de aquel miserable, á las cuales nadie podía prestar fe, la impresión producida fué desfavorable á Vittoria y mientras los amantes del escán-

dalo hablaban sin miramientos, se compadecía al marido, impulsado por ella al suicidio.

La condena de Filippo Moreno á trabajos forzados á perpetuidad dejó al público indiferente, que no tuvo ya indulgencia para Mauricio ahora que se conocía su secreto.

Con su carácter generoso, el señor Villata no podía menos que sufrir al saber la revelación de Filippo.

Así su sacrificio había sido inútil; en vez de beneficiar á Vittoria, la había perjudicado.

El mundo no habría juzgado tan mal á la desventurada señora si él hubiese confesado la verdad el primer día de su prisión.

Ahora todo había sido en vano.

Estaba encolerizado contra sí mismo y se dirigía reproches, mientras, ya libre, se dirigía apresuradamente á su casa de soltero, donde el viejo Sandro le aguardaba.

El pobre viejo lloró de alegría entre los brazos de su dueño.

No se saciaba de contemplarle; le parecía imposible que estuviese en libertad por causa suya.

—Sé cuánto te debo—exclamó Mauricio besándole—y no lo olvidaré nunca.

—He hecho lo que me dictaba el corazón—respondió el viejo con voz trémula—; pero no lo habría logrado sin la condesa Vittoria. Irá usted á darla las gracias, ¿no es cierto?

Mauricio ya lo había pensado. Sentía necesidad de arrojarse á sus pies, de pedirla perdón.

Cuando se dirigía á casa de la condesa sentía el corazón oprimido, el cerebro turbado, una angustia tan dolorosa, que se preguntaba si no le iría á suceder alguna desgracia.

Iba tan absorto en sus pensamientos, que cuando llegó á la puerta del palacio no vió un cartel anunciando la venta de éste fijado sobre aquélla.

Entró en la portería.

—¿La señora condesa?

—Ha partido.

—¿Estará ausente mucho tiempo?

—No lo sé; no ha dejado dicho nada; lo que puedo asegurarle es que no volverá por aquí, porque la quinta ha de venderse con todo el mobiliario.

—¿Sabe á dónde ha ido?

El portero se encogió de hombros.

—Lo ignoro en absoluto; después de la muerte del conde, la señora despidió toda la servidumbre, excepto Pia, y con ésta partió la otra noche, pero sin dejar dicho á dónde iban. Yo, por encargo del abogado, me he quedado aquí para guardar la finca.

Mauricio no hizo más preguntas; se marchó pensativo y abatido. No había previsto aquella partida y no sabía qué pensar de ella. Trató de animarse, de desechar sus tristes ideas y se dirigió á casa de su prometida.

Inútil es describir la conmovedora escena que se desarrolló á su llegada.

Lilla se abandonó en sus brazos casi desvanecida; el señor Rossi y su esposa estaban vivamente conmovidos y con lágrimas en los ojos.

—Dicen que la demasiada alegría mata—murmuró la joven al oído de Mauricio—; pero á mí, por lo contrario, me da nueva vida.

Ella olvidaba todos los dolores pasados con las inenarrables alegrías del presente.

Mauricio sonrió á su prometida, conduciéndola hasta el sofá donde tantas veces habían estado sentados juntos.

Lilla no se cansaba de hacerle preguntas; pero de repente se interrumpió para exclamar:

—¿Sabes que Vittoria ha dejado Turín? Ha venido á saludarme antes de partir; he llorado con ella y la he pedido de nuevo perdón por mis sospechas. Si la vieses ahora no la conocerías. ¡Pobre amiga! Después de tanto como ha sufrido, no la faltaba más que la calumniasen aun.

—Sí, el mundo es bastante injusto con ella—dijo en voz baja la señora Rossi—y nosotros también nos hemos portado mal. Y la santa criatura nos ha disculpado y perdonado.

—Vittoria me ha dejado una carta para ti—agregó Lilla—; me la entregó abierta, pero yo la cerré en su presencia, porque me habría parecido un sacrilegio demostrar alguna duda acerca de ella.

La conversación sobre Vittoria no acababa ya.

Se habló de los largos martirios soportados pacientemente por la joven condesa, de las continuas heridas que había recibido.

Mauricio tenía fiebre, estaba interiormente agitado, pero en apariencia tranquilo. Más tarde, cuando se encontró solo en su casa con la carta de Vittoria en las manos, sintió que la sangre le corría con mayor velocidad por las venas, su corazón tuvo un sobresalto y un profundísimo suspiro salió de su pecho.

El joven abrió la carta con mano trémula y leyó:

«Cuando usted esté libre yo habré dejado Turín. No me busque, es mejor que no nos encontremos más, que yo no vea ya á nadie. Usted recobrará su puesto en el mundo, será el marido de Lilla; yo, envilecida, deshonrada por culpa del hombre que me dió un apellido que no era suyo, perseguida por la fatalidad, me retiré del mundo, aguardando resignada la hora en que haya de reunirme con mi padre.

Me es muy penoso el no volverle á ver; pero es necesario también, y usted, amigo mío, comprenderá que este paso me lo ha inspirado la razón y no la vergüenza por las infames calumnias que me ha levantado Filippo Moreno.

¡Adiós! No se aflija si no me vuelve á ver y dígame á usted mismo que he sido una amiga fiel y que he justificado la confianza que usted y Lilla han depositado en mí. De nuevo adiós para siempre; ¡que sean ustedes felices!

La mirada ya límpida de Mauricio se había ofuscado; una lágrima cayó sobre la carta.

El joven no se rebelaría contra la voluntad de Vittoria ni trataría de volverla á ver.

Pero se hallaba en un estado de ánimo singular; la tristeza que le había abandonado por algunos días volvía á adueñarse de él.

No obstante, también en el fondo de aquella tristeza había como un sentimiento consolador que aliviaba la amargura de sus penas: el de haber cumplido, como Vittoria, con su deber.

El joven quemó la carta que le llevaba el último adiós de la mujer secretamente adorada.

No debía pensar ya en ella más que como una amiga querida perdida para siempre.

Se dedicaría por completo á Lilla, no perdonando ningún medio de hacerla feliz.

El siguiente día no conservaba huellas del abatimiento de la noche y, recayendo la conversación sobre la condesa de Monterani, habló con calma y dignidad, compadeciendo á la desventurada.

El matrimonio de Lilla y Mauricio se verificó sin ruido dos meses después.

Pocos eran los invitados y todos íntimos.

A la noche le entregaron á Lilla una cajita de madera que contenía un elegante estuche con un collar de perlas.

La cajita iba acompañada de una tarjeta de la condesa Vittoria en la que ésta había escrito de su puño y letra:

«A la feliz esposa del más noble de los hombres, la felicitación de una amiga sincera.»

No se pudo saber de dónde hubiese llegado aquella cajita.

La llevó un faquín que, después de cumplida su misión, se retiró sin que nadie pensase en interrogarle.

Se envió un criado al palacio de la marquesa de Castellazzo para saber si Vittoria había vuelto á Turín; pero la marquesa hizo responder que nada sabía de su hija y que era inútil que para obtener noticias de ésta se dirigieran á ella.

Lilla sintió no poder dar las gracias á su amiga por el espléndido regalo; pero los besos, las caricias de Mauricio disiparon pronto todas las sombras de su frente.

Los dos esposos decidieron pasar la luna de miel en Niza.

El señor Rossi y su esposa aprobaron esta idea porque comenzaban los primeros fríos, que parecían anunciar un invierno crudísimo.

Y Lilla, para vivir, necesitaba calor, luz, perfumes.

VII

El camino que conduce de Niza marítima á Villafranca es encantador.

Por una parte, el mar, surcado continuamente por barcas de pesca, por vapores, por buques de vela; por la otra, la colina con sus quintas blancas, doradas, con terrazas, con naranjos, jardines silenciosos, con árboles siempre verdes, con flores.

En una de aquellas quintas, en la más oculta y aislada, había buscado un refugio la condesa de Monterani.

La joven no tenía consigo más que á Pía; la esposa del jardinero la servía de cocinera y ninguna persona extraña rebasaba aquella verja, detrás de la cual estaba de guardia un corpulento perro que al más ligero rumor de pasos gruñía furiosamente, enseñando los dientes.

Vittoria pasaba los días enteros encerrada en su alcoba; pero por las noches salía á la terraza de la quinta, fantaseando á la luz tranquila de la luna, sola, ante la inmensidad del cielo y del mar.

Así, al aire libre, con los ojos fijos en el espacio, aspirando la brisa marítima, Vittoria olvidaba todos sus dolores, sentía un bienestar vivificante, una paz infinita.

Pero cuando volvía á su alcoba, una tétrica agonía la invadía de nuevo; sentía afanes repentinos, tenía alucinaciones espantosas.

La imagen de Mauricio la perseguía en aquella soledad, como nunca; y la joven viuda temblaba al sentirse tan completamente dominada por aquel amor culpable.

Y se encolerizaba contra sí misma, se dirigía los más amargos reproches y acababa vertiendo un torrente de lágrimas.

Por su notario Vittoria supo cuándo se celebraba el matrimonio de Lilla y de Mauricio y por medio de aquél la envió el regalo que ya sabemos.

Después no quiso saber ya nada del nuevo matrimonio.

Había escrito dos veces á su madre porque sentía necesidad de una palabra de paz, de perdón.

La marquesa había respondido:

«Cuando estés arrepentida y hayas purgado tus culpas vuelve á mí; mientras dures en el pecado no esperes mi perdón: ni que yo te acoja entre mis brazos.»

201 Todos, pues, la creían culpable.

Una cólera sorda contra toda la Humanidad la invadió.

¡Qué sufrimiento el de verse calumniado y no poderse defender, no poderse desahogar con nadie porque todos nos están en contra y se hacen eco de las más pérfidas mentiras, de los más viles ultrajes!

No pudiendo desahogar su indignación, su desprecio, Vittoria se abandonaba en algunos momentos al más profundo desánimo.

Pero después volvía á la calma, recobraba su fuerza de voluntad y en la noche clara, en medio de los murmullos de las olas, bajo el encanto de aquel paisaje espléndido, sentía como un consuelo lejano, débil, confuso, pero dulce; suave, y volvía á sentir, á esperar, á desear...

202 Por medio de su notario había recibido también una carta de Alda.

203 La *Bella Turinense* le escribía:

«He vuelto por algunos días á Turín con mi madre, porque ha sido preso un granuja apodado *Fischietto*, que no tuvo poca parte en las desventuras habidas.

Apenas llegué pregunté por usted y me dieron la dirección de su notario. Éste me recibió muy amablemente; pero no quiso decirme el lugar á donde se ha retirado usted; únicamente me ofreció hacer llegar á sus manos estas líneas.

A cualquier lugar donde se oculte, señora, la seguirán siempre mis bendiciones, mis suspiros. Cref no tener ya más lágrimas que derramar; pero escribiendo su nombre aquéllas brotan de mi corazón y bañan la carta.

Ya sé que soy indigna de que usted se acuerde de mí; quizás obro mal escribiéndole aún, resucitando en su mente recuerdos dolorosos; pero me hace tan feliz la idea que estas pobres líneas mías serán leídas por usted, que no puedo resistir al deseo de trazarias.

204 ¡Perdón! La dije hace algún tiempo que no volveríamos á vernos; pero no le prometí que no pensaría en usted.

205 Cualquiera que sea mi destino yo lo aceptaré sin quejarme; pero para usted, señora, dulce é inocente, pido la calma, invoco la esperanza. ¿Podrá Dios negarme esta gracia?

206 Terminado el proceso de Mauricio, yo dejaré de nuevo Turín y volveré á vagar por el mundo con mi madre.

207 Quizás algún día leerá mi nombre en algún periódico en una noticia triste. Entonces dedíqueme un recuerdo y dígame á sí misma que si yo fui culpable, he sido también muy desgraciada.»

208 Vittoria leyó y releyó aquella carta angustiada por la convicción de que por mucho que hiciese, los recuerdos del pasado la aterrizarían siempre.

209 Pasó aquel día y aquella noche agitadísima, pensando en la *Bella Turinense*.

210 El siguiente día, á las doce, Vittoria estaba aún en la cama, y, aunque despierta, no tenía ánimo para moverse; tan rendida estaba por los sufrimientos morales.

Pía había ido á Niza, como acostumbraba, dos veces por semana, para hacer las compras necesarias para la casa. Pero nunca se había retardado tanto.

Era la una de la tarde cuando la joven sirvienta se presentó en la alcoba de la condesa.

Vittoria la vió muy pálida.

—¿Qué te ha sucedido?—le preguntó, incorporándose en el lecho.

—¡Oh, señora, señora, si supiese!...—baluceó la camarera con voz sofocada.— Cuando descendí del carruaje en la Piazza Massona, encontréme delante al señor Villata y á la señora Lilla.

La emoción que experimentó Vittoria es indescriptible; le pareció que toda su sangre se le helaba en las venas.

—¿Es posible?

—Sí, señora; ya habrá comprendido que me reconocieron enseguida y me detuvieron; la señora Lilla lloraba preguntándome por usted y tuyo que decirla dónde habitábamos, porque de otro modo no me habrían dejado marchar. Si he hecho mal, perdóneme...

—¿Vendrán aquí?

—Sí, señora; antes de la noche.

Vittoria se estremeció.

¿De qué le había valido el huir?

También en aquel lugar remoto la habían encontrado.

Temblaba de impaciencia, de cólera. ¿La fatalidad, pues, continuaba persiguiéndola?

¿Cómo podría soportar la presencia de Mauricio, ser testigo de las caricias, de los besos prodigados á su amiga, leer en los ojos de ésta la felicidad?

Pues bien, sí; probaría esta atormentadora embriaguez y después... moriría.

El sol entraba en su alcoba; miró al reloj con inquietud.

Eran las dos de la tarde.

—No vendrán hasta el anoecer—murmuró con un sentimiento de alivio.

Entretanto, era preciso prepararles una habitación, dar las órdenes para la comida, para que nada les faltara.

Estas ocupaciones la distrajeron un poco. Pero no eran aun todo.

Pensó en sí misma, y mientras se ponía un vestido de franela blanca, ceñido á la cintura por una cinta negra, sonreía melancólicamente.

Se miró al espejo.

¡Qué pálida y demacrada estaba!

¡Qué ojos tan apagados, qué facciones tan abatidas!

No pensaba que su cuerpo lánguido, que aquellos grandes ojos, de tierna mirada, la daban una fascinación nueva, singular.

A medida que se iba acercando la noche, Vittoria se ponía más inquieta; las mejillas de vez en cuando se le encendían, los ojos le ardían, los labios le temblaban.

El peral del tío Borlas.

—¡Vaya unas peras que tiene el peral del tío Borlas!—decía el tío Joíno, curtidor de mi pueblo, Budia, al tío Zapatango, del mismo, mientras éste sacaba lustre con la costal a unos zapatos de cordobán.

—Pero no estarán maduras—le respondió otro zapatero, el tío Cabrera, que trabajaba con el segundo.

—¿Que no?—decía el curtidor—; están ya más amarillas que la cera y más tiernas que la manteca.

—Sí, pero como no las compres, no las catas—le decía el tío Zapatango.

—Hombre, eso es mucho decir—le replicaba el curtidor.

—Sí, sí... ¡cualquiera—exclamaba el tío Zapatango—se la pega al tuerto y a la tuertal ¡Y eso que entre los dos no tienen más que un par de ojos!

—¿Te apuestas algo bueno a que voy al peral esta noche y cojo las que me dé la gana?—decía el tío Joíno.

—¡No me he de apostar!... Una merienda para los tres y los que se agreguen; no hemos de echar fuera á nadie.

—Apostado—dijo el curtidor—; toma la señal, Cabrera—y le dió una pieza de dos cuartos.

—¡Toma—y le dió otra el tío Zapatango.

El tío Borlas era un señor muy listo de nombre, apodado así vulgarmente y llamado don José Cañas, descendiente de una familia que apareció en él en tiempo de los Reyes Católicos; y digo muy listo, porque como tal lo tuvieron todos los que lo trataron y esa fama tuvo en vida y dejó después de morirle.

Entre las varias fincas que poseía, pues era uno de los principales hacendados e terratenientes de mi pueblo, tenía unas cuantas huertas arrendadas, según costumbre local, y en una de ellas era donde estaba y está el famoso peral de nuestro cuento y que el que quiera puede ver a mano derecha, camino del Mosquero, y donde éste se parte para ir el de la izquierda a los Molinos y el otro a las Tenerías. Grande como un nogal, no lleva todos los años, pero cuando carga presenta un buen golpe de vista ostentando sus rojas peras de don Guindo en el promontorio de terreno en que se asienta.

El arrendatario de las huertas de don José

Cañas era entonces un matrimonio tuerto, es decir, un matrimonio en el cual, si al marido le faltaba un ojo, no tenía más que otro la mujer, y, como buenos tuertos, no hay para qué decir que eran escamones.

Al pie del árbol, que aquel año estaba cuajado de fruta, hicieron su cabaña correspondiente y en ella pasaban, ya uno, ya otro, las horas del día, y juntos las de la noche, en compañía de una escopeta de chispas bien cebada de cañuela y apretada de pedernal; así que no había pensado alma viviente romper de balde la sabrosa fruta del cercado ajeno, como no fuera el tío Joíno de nuestra historia.

Comprometido como estaba, no tenía más remedio que, o arriesgarse a robar las peras o pagar la merienda, porque eso de comprarlas no era fácil que se le escapara al otro y muy expuesto además a descubrirse; y como después de darle muchas vueltas al asunto aquella tarde, pues era por la tarde, no le encontraba la solución, decidió, como lo hizo, consultarlo con el señor Fausto el sacristán—hombre que si como le sobraba el ingenio le sobrara el dinero fuera rico—para ver si lo sacaba del apuro. No encontraba éste tampoco la cosa clara, porque por la fuerza no era posible realizar el hecho sin tropezar con los tuertos, y así tuvo que acogerse al camino de la astucia para ver si por él conseguía lo que de la otra manera no podía lograr, y después de mucho discurrir no dijo al otro más que a las nueve de la noche le esperaba en su casa, donde todo estaría dispuesto.

Serían próximamente las once de la noche cuando los tuertos, que vigilaban como siempre, sintieron ruido por uno de los extremos de la huerta y se pusieron en acecho; pero cuál no sería su sorpresa cuando, en vez de ver a alguno que escondiéndose procurara burlar su vigilancia, fueron apareciendo poco a poco por encima del ribazo dos bultos blanquísimos que la luna iluminaba de plano y que reposadamente se dirigían hacia donde ellos estaban. Sin embargo del espanto natural que les produjeron, el tuerto aún echó mano de la escopeta y pensó dispararla contra aquellos fantasmas; pero cuando éstos, al mismo tiempo que sonaban acompasadamente dos cam-

panillas, decían alternando con voz sepulcral:

—Tilín, tilán,
derechitos al peral;
cuando éramos vivos
andábamos por los caminos
y ahora que estamos muertos
andamos por huertas y huertos
en busca de tuertas y tuertos,
su miedo no tuvo límites; los pelos de la cabeza se le fueron poniendo poco a poco de punta, como el que por primera vez ve venir hacia él un lobo en el monte, y por fin se disparó a correr por aquellas huertas sin reparar en zarzas ni zarzales, camino que siguió también instintivamente su mujer, pues tenía tanto o más miedo que su marido.

No hay para qué decir quiénes fueron nuestros improvisados fantasmas, pues desde luego se averigua; sino que en poco tiempo, viéndose dueños del campo, llenaron de peras dos sacos de que iban provistos y que desde luego se volvieron por donde habían venido, con los embelecados de la tramoya debajo del brazo y los sacos bien repletos al hombro.

Al otro día corrió por todo el pueblo la noticia del robo, y mientras los que ya conocemos y algún otro celebraban el hecho con una sabrosa merienda a que sirvió de postre las peras consabidas, no faltaba quien le achacaba a las ánimas del purgatorio un grave delito, pues decía formalmente que aquella noche habían robado las peras del peral del tío Borlas.

ANDRÉS FALCÓN.

Los sordo-mudos y el cinematógrafo.

¿Quién hubiera pensado que el cinematógrafo es peligroso para el pudor de los sordo-mudos? Esto es, sin embargo, lo que ha descubierto la administración de las escuelas de Bruselas, que había decidido llevar a los jóvenes sordo-mudos al cinematógrafo para instruirlos y divertirlos; pero bien pronto notó un singular fenómeno, y era que si los sordo-mudos reían mucho en las escenas cómicas, en las dramáticas reían con mayor

gana aún. Como esto era anormal, se investigó la causa de la risa y vino a descubrirse que los sordo-mudos, habituados a coger la palabra por el movimiento de los labios, comprendían lo que decían los actores que representaban las escenas cinematográficas, y resultó que lo que decían nada tenía que ver con las situaciones dramáticas y sí se aproximaba mucho a las libres conversaciones de cuartel o de taberna.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales
Madrid, provincias y extranjero.

DE PROVINCIAS

El rey en Santander.

Madrid, 25 Julio.

Santander.—El rey embarcó en el *Giralda II*. Las regatas han estado animadas. El tiempo es hermoso. El premio de honor lo ganó el belandro *Moma*.

Esta tarde asistirá el rey a la corrida de toros. Se ha inaugurado la Exposición de ganados.

Suicidio.—Mantenedor.—De Cádiz.

Valencia.—Ha puesto fin a sus días el consignatario de vapores don Bautista Cañales. Atribúyese la fatal resolución a un padecimiento del estómago que hace tiempo le hacía sufrir horribles dolores.

Ha llegado el director general de primera enseñanza, señor Altamira, mantenedor

de los Juegos Florales. Se le dispensó un cariñoso recibimiento. Esperábase en la estación el alcalde, varios catedráticos y otras personalidades académicas.

Cádiz.—La corbeta *Nautilus* se propone marchar a la Carraca con objeto de prepararse para un largo viaje de instrucción.

Al anochecer llegó a este puerto el vapor *Barcelona*, procedente de la Argentina, que trae a bordo nutrido pasaje. Mañana proseguirá su viaje a Málaga y Barcelona.

El nuevo barco *Infanta Isabel* será abanderado en Cádiz y marchará a Barcelona para emprender el primer viaje a la Argentina el 10 de Septiembre. Hará escalas en Valencia, Cádiz y Canarias.

El gobernador militar, general Zubia, marchó a Algeciras para saludar al ministro de la Guerra.

Se hacen gestiones para que venga a esta, donde sería obsequiado con un banquete en señal de gratitud por haber concedido el derribo de las murallas en el sitio donde actualmente está el paseo de Cánovas, que se inaugurará mañana.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

De Marruecos.

Tánger, 25 (2'59).

A consecuencia de la hostilidad que se nota entre las tribus un cañonero francés ha cañoneado Nzala, a dos kilómetros al Sud de Adir.

Las tribus tratan de imponer a las caravanas un impuesto de 25 pesetas.

Las tribus éstas están compuestas en su mayor parte de ladrones. En Abril último secuestraron un alemán, exigiendo por él un enorme rescate.

Después del cañoneo las tribus se dispersaron.

Un despacho de Alcázar dice que el día 24, habiendo rechazado la tribu de Ahishe-rif pagar un impuesto al Raisuli, éste envió contra dicha tribu trescientos hombres,

que encontraron a los desobedientes en Khuis.

Entablóse combate, que duró dos días. Las gentes del Raisuli tuvieron treinta muertos.

Tropas españolas y fuerzas de policía, por orden del coronel Silvestre, han salido para el lugar del suceso.

El viaje del Sultán.—Disolución en puerta.

Casablanca, 25 (23'50)

El Sultán llegó por la mañana, visitando la población. Saldrá mañana por la mañana con dirección a Rabat.

Constantinopla, 26 (5'15).

El Gobierno tiene intención de disolver legalmente la Cámara.

Ande yo caliente...

Paris, 26 (6'25).

Comunican de Cristiania a *Le Matin* que don Manuel de Braganza llegó a dicha ciudad de incógnito, para realizar varias excursiones por la costa noruega.

Horroroso incendio.—¡Adios Mikado!

Paris, 26 (6'25).

Los periódicos publican telegramas de Epernay dando cuenta del incendio de la fábrica del champaña Mercier. Dicho incendio, que comenzó anoche, continuaba aun a la 1-30 de esta madrugada. Abarca una superficie de 1,500 metros. Créese que debajo de los escombros se hallan tres personas, una de las cuales es el brigadier de policía. Un agente de policía y tres bomberos se hallan heridos, uno de ellos de bastante gravedad.

Paris, 26 (7'10).

Le Petit Parisien publica un despacho de Tokio diciendo que se ha perdido toda esperanza de salvar al Mikado.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta»

Madrid, 26 Julio (18 mañana).

La Gaceta publica:

Decreto disponiendo que el ministro de Gracia y Justicia convoque oposiciones para constituir el Cuerpo de aspirantes a la judicatura y al ministerio fiscal.

Real orden disponiendo que en lo sucesivo no se admitan ni se cursen las instancias de abogados que soliciten el ingreso en la carrera judicial por el turno correspondiente.

Circular prorrogando hasta el 31 de Agosto próximo el ingreso del primer plazo de la cuota militar correspondiente para rebajar el tiempo de servicio en filas.

Convocando a oposiciones para proveer cien plazas de aspirantes a la judicatura y al ministerio fiscal.

La carcerndería.

Se reciben telegramas de varias provincias dando cuenta de haberse celebrado con solemnidad por los carlistas la fiesta del santo de don Jaime.

En Bilbao varios grupos del *requeté* celebraron una gira campestre.

En Valencia hubo una velada en el Círculo Tradicionalista.

En Orense y Coruña también hubo veladas con discursos muy entusiastas que no llegaron a exteriorizarse en la vía pública.

La infanta a Zaragoza.

Zaragoza.—El alcalde ha remitido invitaciones a las autoridades y Centros oficiales para que acudan a recibir a la infanta Isabel, que se espera llegue el día 28 a esta ciudad. Las autoridades la recibirán a la entrada del puente de piedra, en la Puerta del Angel.

La infanta irá primero a la iglesia del Pilar, donde se cantará un *Te-Deum*, y después se celebrará una recepción en el palacio del arzobispo.

Las damas de la aristocracia se proponen dispensar a la infanta un recibimiento entusiasta.

Continúa la huelga.—¡Siempre las ricas pesetas!

Bilbao.—Continúan en huelga los obreros «amarillos» de la mina Morro. Sólo la secundaron 12. Otros 17 atillados fueron expulsados de la Asociación de «amarillos» por no hacer causa común con los compañeros.

Galatayud.—Después de la capea celebrada ayer tarde en la plaza de toros sostuvieron una reyerta los toreros que habían tomado parte en la fiesta.

El motivo de la cuestión era el reparto de las pesetas recaudadas.

Un vapor que tropezaba a cada paso.—Fallecimiento.

Gijón.—Al entrar en el puerto el vapor alemán *Uranus* chocó con la barca del *Hernán Cortés*, echándola a pique. También tropezó con el remolcador del puerto y le causó averías. No ha habido desgracias personales.

Ouevas.—Ayer a las siete de la tarde falleció, rodeado de su familia e íntimos, el general de división señor Alvarez Sotomayor.

Batallón a Madrid.

Algeciras.—Esta noche, a las doce, ha salido en tren especial de la estación de San Roque, con dirección a Madrid, un batallón del regimiento de Asturias.

Los destacamentos de guarnición del batallón expedicionario han sido relevados por tropas de Covadonga que salieron ayer mañana con este objeto de Algeciras.

Bolsin mañana.

Nortes, 98'50 dinero; Alicante, 91'25 dinero; Mercantiles, 15'75 papel.

Imprenta de EL PRINCIPADO, Recuérdese Blanca, 2.ª, 1.ª, 1.ª.